

Alfonso Múnera, *Fronteras imaginadas. La construcción de las razas y de la geografía en el siglo XIX colombiano*, Bogotá, Planeta, 2005, 225 pp.

Parece haber consenso dentro de la academia colombiana¹ sobre la innovadora presencia que han tenido los estudios del historiador cartagenero Alfonso Múnera, a propósito del tema de la formación de la nación en Colombia. En su libro *Fronteras imaginadas*, el autor hace una crítica, por medio de algunos intelectuales de la época, a la formación y evolución de la sociedad decimonónica. La comprensión de este pensamiento está equilibrada con una metodología que considera los *textos* y el *contexto*. Ahora bien, es preciso señalar que este análisis proviene de trabajos anteriores, como *El fracaso de la nación*, en el que de manera muy atinada incorpora al discurso de la nación los elementos de la raza y la geografía.

En Latinoamérica, el tema de la historia política del siglo XIX continúa siendo fuente de reflexiones encontradas. Y ha tenido importantes resultados en grupos de investigadores dedicados al debate de una historia de las ideas —en México han estado concentrados en instituciones como la Universidad Nacional Autónoma de México, El Colegio de México, la Universidad Autónoma Metropolitana y el Instituto Dr. José María Luis Mora—, donde el tema de la identidad es clave, a partir de la incorporación de sectores históricamente marginados dentro del proceso de la formación del Estado-nación.

¹ Antonino Vidal, *Memorias*, *Revista Digital de Historia y Arqueología desde el Caribe*, año 2, núm. 2, Uninorte, Barranquilla, Colombia; Javier Ortiz, *Historia Crítica*, Revista del Departamento de Historia de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de los Andes, núm. 29, 2005 [Bogotá]; y Gustavo Bell, *El Tiempo*, 30 de junio, 2005 [Colombia].

Múnera, en este nuevo libro, denuncia con carácter enérgico el proceso de formación de la nación a través de acontecimientos políticos hasta entonces desconocidos, que llevaron a la independencia de Nueva Granada; se inserta en la exploración de las bases raciales de la sociedad cartagenera y colombiana, destacando el papel de los negros y mulatos libres, reflexión que traslada a los ámbitos tanto regionales como nacionales.

Estructurado en ensayos y dividido en seis partes, este texto narra cómo a partir de los discursos de las élites criollas colombianas del siglo XIX se creó un modo dominante de pensar la nación de una manera profundamente racista, que condenó a la exclusión a gran parte de los colombianos. Pero la crítica va más allá, pues denuncia la participación de estos grupos excluidos en el proceso de formación nacional.

Llama la atención la claridad de la argumentación del doctor Múnera, quien desde su introducción expone, a partir de nueve ejes, la dinámica del siglo XIX. Resalta la importancia de los textos intelectuales como constructores de imágenes en las cuales los colombianos aprendieron a mirarse a sí mismos y a la nación; la valorización y jerarquización de las geografías y razas, que comienza desde finales del siglo XVIII; la idea de frontera; el mito de la nación mestiza; y la participación de los negros y mulatos en la búsqueda de ciudadanía.

Con extraordinaria energía, y al mismo tiempo con un temple de notable imparcialidad, Alfonso Múnera se pronuncia sin reservas en favor de una historia política diferente, más integral, donde la dimensión social está en el centro, para derrumbar viejos mitos fundacionales, y contribuye a abrir nuevas líneas de discusión sobre el conjunto de las relaciones sociales y de las distintas realidades de la actual nación colombiana.

Y si de política se trata, Múnera comienza por hacer un análisis del discurso de dos intelectuales clave en el proceso de formación de la nación colombiana: José Ignacio de Pombo y Francisco José de Caldas, quienes forman parte de un discurso hegemónico de las élites andinas, desde donde se formaron las bases de ese proyecto de nación y a partir del cual se desprenden elementos fundamentales para entender los caminos hacia la independencia de Cartagena. En estos trabajos se define la identidad y la

conciencia americana con base en la geografía, una geografía humana, pues: “todo intento de crear una nación supone el ejercicio previo de la invención de una geografía humana, de un territorio habitado, sin el cual ésta no existe” (p. 68).

Este razonamiento sobre la geografía humana, producto del discurso hegemónico del siglo XIX, se repite en otras realidades latinoamericanas, y difunde una idea de civilización basada en el prototipo europeo, donde se ubica una “república andina, de la cual los valles y mesetas encarnaron el territorio de la nación, y las costas, las tierras ardientes de los valles, los llanos y las selvas el ‘otro’. La imagen negativa de una América inferior, tal como se la había concebido desde Europa” (p. 71).

Otro de los ensayos, “Panamá: ¿La última frontera?”, sin duda deja ver elementos de larga duración que estuvieron presentes desde momentos muy tempranos para que la independencia de Panamá con respecto de Colombia se concretara. Múnera ve en la pérdida de Panamá “el fracaso de la nación”, pues representa las consecuencias de la ideología hegemónica, que se pronunció por una geografía racializada y, sobre todo, por la valoración de ciertos territorios sobre otros.

Asimismo, el ideal presentado por las élites andinas sobre la nación estaba basado en la civilización de tipo europeo, donde lo civilizado era lo representado por los blancos y lo bárbaro por los indios y negros, de ahí que los ocultaran y comenzara un proceso de blanqueamiento de la sociedad, una búsqueda de mestizaje. Esta élite andina orientó sus esfuerzos a homogeneizar a la población. La historia nos ofrece ejemplos muy claros de este proceso: como el caso de Pedro Romero, quien, siendo mulato, fue sometido mediante la historiografía nacional al paulatino blanqueamiento para poder ser reconocido como hombre importante de la independencia de Cartagena.

El autor desenmascara las incongruencias de la élite andina, y utiliza el personaje de Pedro Romero para reivindicar el papel de las clases populares en el momento de ruptura de Cartagena con el orden colonial. Sin la presencia y protagonismo de gente como Romero, no entenderíamos cómo y por qué fue Cartagena la primera provincia en proclamar su total independencia de la Corona española. Lo que Múnera muestra en este texto es la importancia de los negros y mulatos en la independencia de Cartagena.

Me parece que el elemento central de *Fronteras imaginadas* está en repensar Colombia desde el Caribe. Y repensar esos imaginarios que se han arrastrado desde tempranas épocas en la nación colombiana.

FABIOLA MELÉNDEZ

UNAM

Yolanda Díaz Martínez, *Vida y avatares de los hombres en contienda. La subsistencia en la Guerra del 95*, La Habana, Editora Política, 2004, 172 pp.

Esos textos cargados de enfoques unilaterales y que llevan a conclusiones predecibles, a los que gran parte de la historiografía cubana sobre las gestas independentistas del diecinueve nos tiene acostumbrados, no encuentran cabida en *Vida y avatares de los hombres en contienda*, de Yolanda Díaz, el cual escapa a las convenciones y a los esquemas sobre la última guerra cubana contra España y que, a la vez, muestra evidencias de una enconmiable rigurosidad académica.

Habitualmente, salvo destacables excepciones, la historiografía sobre la Guerra del 95 está bañada de una vocación épico-patriótica y adolece de un cierto desinterés por el factor humano, por la cotidianidad de los individuos que se mueven en el hecho histórico; sea porque algunas investigaciones sobre el tema conducen a conclusiones apologéticas que encumbran el patriotismo (tanto cubano como español, según el caso), o bien porque otras se convierten en medio para denigrar, desde la perspectiva histórica, a los supuestos culpables de los fracasos. Esa tendencia, entre la alabanza y el descrédito, es palpable en muchas obras que han estudiado a la Guerra del 95 desde un enfoque político o militar, tanto en aquellas destinadas a historiar las acciones combativas y el desarrollo de los acontecimientos, como en las que se abordan personalidades prominentes de ambos bandos contendientes.

Yolanda Díaz se desentiende de la tendencia y se aleja de la visión grandilocuente del hecho histórico para escudriñar el día

a día de quienes lo protagonizan, tanto en la manigua de las huestes insurrectas como en los cuarteles del ejército español. Con una minuciosa pero vasta selección bibliográfica, una cuidadosa revisión de fuentes periódicas de la época y un copioso apoyo documental, que va desde los fondos del Archivo Nacional de Cuba a los del Archivo del Palacio Real de Madrid, y de los del Servicio Histórico Militar de Madrid a los *Shafter Papers* de la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos —entre otros fondos documentales—, la autora teje el hilo conductor de la investigación utilizando a la guerra sólo como telón de fondo, sin detenerse a analizarla como hecho histórico. Su propuesta es observar el comportamiento simple de los sujetos involucrados en la guerra y, en ese sentido, estudia la subsistencia cotidiana a partir de dos aspectos determinantes: los abastecimientos y la sanidad.

El texto que nos ocupa —subproducto de la tesis doctoral de la autora— está conformado por una introducción y cuatro capítulos; no tiene conclusiones generales, sino que la autora va intercalando sus puntos de vista personales en cada uno de los apartados que integran un capítulo. Esto se debe a que, independientemente de la unidad interna del discurso entre los cuatro capítulos, cada uno de ellos se comporta como un ensayo comprensible por separado. El libro también incluye un apartado con cinco anexos y una muestra de fotografías que ilustran los contenidos de la obra.

La “Introducción” marca la pauta del terreno en el que se moverá el contenido; allí se ataca el criterio estereotipado según el cual las fuerzas españolas contaban con un eficaz sistema para garantizar los suministros, mientras que la parte cubana carecía de él, y también se describe la situación de los principales renglones de la economía cubana en los momentos en que estalla la guerra y cómo la ampliación del latifundio azucarero luego incidiría en la escasez de alimentos durante la contienda. Asimismo, se pone en duda el mito de que la salud de los combatientes cubanos era mejor, a fuerza de la costumbre y del conocimiento del terreno, y de que los españoles eran más propensos a las enfermedades por las inclemencias del tiempo y el desconocimiento de las plantas medicinales. De igual manera, en esta introducción se deja constancia de las repercusiones que dentro del campo

insurrecto tuvieron las divergencias entre el mando militar y el Consejo de Gobierno, pretendido poder civil de la Revolución. Además, se precisa la importancia del control de los espacios, para así entender mejor las disímiles formas en que ambos contendientes afrontaron la cuestión de la subsistencia: mientras que las huestes mambisas controlaban las zonas rurales, muy rara vez el ejército español perdió el dominio de las ciudades.

El primer capítulo, titulado "Estructuras y mecanismos de los abastecimientos en la Guerra de 1895", está dividido en cuatro apartados. El primero analiza la *factoría* española y el transporte de suministros. Las factorías constituyeron la unidad principal de suministros para la tropa española y eran una suerte de almacenes donde se les vendía a los soldados los productos destinados a cubrir sus necesidades básicas de manutención; estaban ubicadas siempre en las zonas urbanas y fueron propagándose por todo el territorio insular en la medida en que avanzaba la guerra. Yolanda Díaz, apoyada en fuentes testimoniales, da cuenta de cómo, al contrario de lo que en general se cree, el soldado peninsular no dispuso de los aseguramientos que supuestamente la Intendencia Militar le facilitaba; de hecho, en las factorías no siempre se encontraba lo necesario y tampoco las estructuras administrativas escapaban a los episodios de corrupción. El mayor desarrollo económico en la zona occidental de la isla, con las correspondientes mejores condiciones de comunicación, caminos y vías férreas, intervino de manera favorable en los suministros, al tiempo que en las regiones orientales la tropa española estaba más abandonada a su suerte. Sin embargo, en ambas zonas, el transporte de suministros resultó difícil para los mandos españoles debido a las largas distancias entre los puertos y las factorías, así como por la actividad insurrecta que, empeñada en desestabilizar al contrincente, dañaba las vías de acceso. De modo que era usual la escasez de aprovisionamiento en las factorías españolas y, en la medida en la que se prolongaba la campaña, se hacían más agudas las carencias del soldado peninsular.

El segundo apartado describe a la *prefectura* como medio de sustento del mambí, esto es, la estructura encargada de facilitar los suministros al ejército insurrecto. Desde los primeros meses de la guerra, el Consejo de Gobierno había dividido a la isla

en cuatro estados (Oriente, Camagüey, Las Villas y Occidente), los cuales estaban segmentados en distritos y éstos, a su vez, en prefecturas, que eran estructuras administrativas bajo el control de funcionarios civiles de la República en Armas, pero que abastecían al ejército cubano. No fue sino hasta diciembre de 1897, poco antes de la intervención estadounidense en la guerra, que el Ejército Libertador creó un sistema de administración militar encargado de aquellos menesteres y del control de talleres, haciendas de cultivo, salinas, depósitos de caballos, hospitales, etcétera. O sea, prácticamente durante toda la guerra, los abastecimientos estuvieron a cargo de las prefecturas, pues en ellas había áreas de labranza, cría de ganado mayor y de aves de corral, talleres de confecciones y reparaciones; algunas también tenían escuelas e, incluso, hospitales, así como un Registro Civil en el que se asentaban nacimientos, matrimonios y defunciones. Se ubicaban en lugares intrincados, cuevas, sierras y zonas cenagosas de difícil acceso a las tropas coloniales. Desde el punto de vista de Díaz, no se esquivo la desventaja que, para los suministros, presupone la dualidad de mandos de los independentistas cubanos; sin embargo, la autora hace notar la relativa eficiencia del sistema de prefecturas y la manera en que se complementaba con la actividad del Departamento de Expediciones, objeto de atención del siguiente apartado. Ese departamento, ubicado en territorio de Estados Unidos, era el encargado de hacer llegar embarcaciones con provisiones a la isla. Díaz muestra varias evidencias de cómo en lo referente a las expediciones se hicieron sentir de forma destacada las discrepancias entre civiles y militares del lado cubano; y es que, además de medios de subsistencia para la tropa, las expediciones traían medicinas, armas y municiones, pero todo el proceso de desembarco y distribución estaba en manos de las autoridades civiles, las cuales no demostraban un real conocimiento de las necesidades del Ejército Libertador.

En el último apartado de ese capítulo, la autora se concentra en dos elementos que constituyen una prioridad en la guerra: el vestuario y el calzado. En esos renglones, las autoridades españolas trataron, no siempre de forma eficiente, de ajustar las necesidades del soldado a las condiciones del clima y del terreno. No obstante, Díaz también pone de manifiesto la presencia de

intereses económicos bajo el manto del patriotismo. Con la llegada de Valeriano Weyler al puesto supremo del gobierno español en Cuba, los uniformes y zapatos para el ejército dejaron de confeccionarse en la isla y los contratos de fabricación fueron concedidos a talleres de la metrópolis, lo cual favoreció a los comerciantes españoles, pero perjudicó a los soldados por la baja calidad tanto de los tejidos catalanes como de los zapatos mallorquines empleados. ¡Casualmente, Weyler era de Mallorca!

Con el título "Los problemas del abastecimiento", Yolanda Díaz dedica el segundo capítulo a analizar, en tres apartados, el problema similar que afrontaban ambos enclaves (factoría y prefectura): la escasez en el campo insurrecto y las adversidades del soldado español. En efecto, la autora demuestra el modo en que tanto los soldados independentistas como los coloniales fueron perjudicados por la mala administración, el descontrol y los intereses personales de quienes tenían la responsabilidad de satisfacer sus necesidades básicas. Comida escasa y en mal estado, mala calidad de los géneros, corrupción, tráfico, robo, contrabando, desvío de recursos, entre otros, eran constantes en ambos bandos de la guerra. En las factorías se constataba el afán de lucro, la adulteración de los productos, la falta de control y el fraude; con la política de *reconcentración* de Weyler, la situación se agravó, pues el soldado español se vio imposibilitado de suplir en los comercios locales lo que no le garantizaba la factoría; al mismo tiempo, en el campo insurrecto se manifestaron los malos manejos en las prefecturas, no sólo motivados por la dualidad de poderes, sino también por el comercio ilícito, la sustracción, el desvío de los recursos destinados a los soldados y el contrabando. Todos esos elementos le permiten a Díaz aseverar que "tanto factorías como prefecturas no estuvieron en condiciones de garantizar los abastecimientos de sus respectivas fuerzas" (p. 62).

A juicio de la autora, estas dificultades, agravadas para ambos bandos tras el inicio de la reconcentración, encontraron en las huestes mambisas una respuesta y surgieron nuevas iniciativas para paliar la escasez. Se verifica así un incremento en el asalto a convoyes y a poblaciones con el fin de obtener víveres y enseres; igualmente, la escasez contribuyó a diversificar la dieta de modo tal que en los campos cubanos llegó a comerse prácticamente

todo tipo de animal y planta, así como aprovechar lo no comestible para la confección de ropa y calzado. Los soldados españoles hicieron otro tanto, pero con la desventaja de que no conocían los cultivos autóctonos (boniato, yuca, malanga, ñame, plátano, etcétera) como para sacarles el máximo beneficio. Un elemento novedoso que la autora pone al descubierto es la increíble modalidad de comercio entre los mambises y... ¡las postas españolas! Asimismo, las dificultades económicas para proveer a las factorías condujeron a que la administración española buscara mecanismos alternativos como los Comités Locales de Compra, encargados de negociar directamente con comerciantes en la isla; aun así, el soldado español también se las tuvo que arreglar para subsistir a toda costa. Díaz demuestra que, a pesar de los esfuerzos emprendidos por las autoridades de ambos bandos, la indisciplina y la rapiña aumentaban en la medida en que el acopio de provisiones disminuía. La situación fue crítica para mayo de 1898, a raíz del bloqueo impuesto por la armada estadounidense.

Los dos últimos capítulos encierran gran unidad temática: "Sanidad y previsión: una prioridad en la guerra" y "La mortalidad. Medidas para evitarla". Al margen del tipo de guerra y del desarrollo de las acciones bélicas, ambos ejércitos, de acuerdo con su estructura y concepción, eran considerados fuerzas regulares. De ahí que los dos tuvieran, respectivamente, un Cuerpo de Sanidad Militar.

Al incrementarse el número de soldados españoles conforme la guerra avanzaba, se hizo necesario un aumento en la atención sanitaria que se tradujo en una multiplicación de los establecimientos de salud, tanto fijos como móviles. Díaz pormenoriza su estudio haciendo distinción entre hospitales, clínicas y enfermerías, así como entre los establecimientos móviles, los provisionales y las llamadas ambulancias marítimas u hospitales flotantes instalados alrededor de la isla. Sin embargo, el incremento en la cantidad de establecimientos no significó una mejoría en la calidad de la atención sanitaria; la autora muestra algunas de las principales dificultades: la falta de camas, la construcción de hospitales en sitios inseguros, poco salubres y sin la adecuada ventilación, y el hecho reiterado de que a los heridos de guerra, que debían ser destinados a los llamados "hospitales de sangre",

se les internara junto a otros soldados con enfermedades contagiosas como la fiebre amarilla y el paludismo. Las autoridades españolas hacían recaer sobre los ayuntamientos la responsabilidad de las construcciones sanitarias, lo cual contribuía a su mala calidad, pues los ayuntamientos se encontraban en una difícil situación económica como resultado de la guerra.

La organización de la asistencia médica en el campo insurreccional también comprendía servicios móviles y fijos. En un principio, el Cuerpo de Sanidad Militar estaba supeditado al Consejo de Gobierno (en concreto a la Secretaría de la Guerra), pero a partir de 1897 dependería directamente del general en jefe, lo cual redundaría en un mejor funcionamiento al estar más cerca del desarrollo de la campaña. En los servicios médicos del Ejército Libertador se destaca la vigilancia de las normas higiénicas para garantizar el buen estado del personal; en ese sentido, existía una cartilla sanitaria de obligatorio conocimiento para toda la tropa y que instruía acerca de los tratamientos para enfermedades infecciosas, heridas de arma blanca y de arma de fuego. El Cuerpo de Sanidad estaba conformado por médicos, farmacéuticos, dentistas y estudiantes de medicina; todos ellos jugaron un papel importante en el servicio móvil que, además de brindar asistencia médica, cumplía funciones preventivas para evitar epidemias. Díaz da cuenta de la existencia de botiquines en cada unidad, de la creación de un efectivo sistema de transportación de heridos y de la originalidad de los combatientes para resolver los problemas propios de la escasez de material médico.

En cuanto al régimen hospitalario, el abastecimiento de medicinas y alimentos, la autora nos ilustra sobre el contenido de las raciones en las instalaciones sanitarias de cada ejército: señala que, en un inicio, los soldados españoles hospitalizados no tuvieron dificultades de alimentación, pues ésta era cubierta por la factoría, pero, tras la reconcentración, las cosas empeoraron y muchos hospitales tuvieron que cerrar; asimismo, ofrece cifras de las cantidades y los costos de los medicamentos remitidos desde la Península. En las huestes insurrectas, las necesidades de alimentación y medicamentos no fueron menores; así, la autora muestra ejemplos concretos y destaca la colaboración del cuerpo médico emigrado en el envío de insumos a los hospitales en campaña.

También hubo malos manejos y se lucró con las provisiones sanitarias y la alimentación de los enfermos de ambos ejércitos.

Díaz explica cómo diversos factores influían en la salud de los soldados. La idea de un periodo de aclimatación para los reclutas españoles resultó inviable económicamente. La administración española tampoco fue capaz de facilitar hamacas a cada soldado, por lo cual muchos jóvenes inexpertos tenían que dormir en el suelo húmedo, a la intemperie, después de agotadoras jornadas de sofocante calor o lluvias intensas. La autora echa mano al comentario de Máximo Gómez, general en jefe del Ejército Libertador, sobre lo que consideraba “sus mejores generales: junio, julio y agosto” (p. 116), pues la táctica de agotar al enemigo era más efectiva en el verano, obligándolo a largas marchas sin presentarle combate. La adversidad del clima, el cansancio, el enorme peso de las mochilas, el vestuario inadecuado, la alimentación deficitaria y las enfermedades tropicales atentaban contra la salud de los españoles. La muerte de animales en el campo a raíz de la reconcentración, cadáveres humanos insepultos y la falta de higiene contribuyeron a la proliferación de epidemias: fiebre amarilla, disentería, calenturas perniciosas, tuberculosis, vómitos y viruelas. De esta manera, a la tropa insurrecta también le afectaron estas circunstancias, a pesar de estar en su propio entorno y clima. La autora da cuenta del alto empleo de quinina por parte de los mambises y de la presencia de las mismas enfermedades, e incluso otras más, en el bando cubano.

Finalmente, Díaz brinda un análisis, con estadísticas en los casos posibles, sobre la mortalidad en ambos ejércitos. No se limita a describir, sino que comenta los intentos y los aciertos para disminuir la mortalidad, a la vez que compara las bajas por enfermedades con aquellas ocasionadas por acciones combativas, así como el comportamiento de la curva de mortalidad en diferentes momentos de la contienda. Resultan muy ilustrativos los ejemplos acerca del uso de la medicina verde en los campos cubanos, desde las plantas herbáceas hasta la miel, el tabaco y el polvo de café, como retos en la lucha por evitar la muerte.

Los cinco anexos son muy oportunos y convenientes con relación al texto: 1) Relación de hospitales y enfermerías españolas en 1895; 2) Relación de hospitales y enfermerías españolas en

1896-1897; 3) Relación de hospitales y enfermerías españolas durante 1898; 4) Relación de prefecturas establecidas en la isla durante la Guerra de 1895; y 5) Fragmentos de un informe rendido por el agregado naval de España, tras un recorrido por las costas cubanas, y remitido al ministro plenipotenciario de España en Estados Unidos. 14 de mayo de 1896.

Antes de concluir, me parece pertinente hacer un par de comentarios críticos, uno a la autora y otro a la edición del libro. A lo largo del texto, Díaz maneja el vocablo “pacíficos” para referirse a los cubanos no miembros de las filas insurrectas, el cual comenzó a usarse con ese fin desde la Guerra de los Diez Años. Si bien es cierto que, para la época, se había consolidado la formación de la nación cubana, sería inapropiado hablar de “ciudadanos”, pues la isla seguía siendo un territorio dependiente, esto es, no existía la ciudadanía cubana (lo que también hace cuestionable el término “civiles”). Referirse a “los pacíficos” resulta inexacto y no me parece apropiado asumir tal denominación, máxime cuando la propia autora muestra ejemplos de individuos que, sin estar alzados en armas, colaboraron con la causa del Ejército Libertador por diversas razones. Aunque cuestionable, tal vez “población civil” sería un término más adecuado, al igual que “paisanos”.

En cuanto a la edición, opino que los propósitos de la autora son falseados en el diseño de la portada: allí, contrario al criterio defendido en el libro en cuanto a las dificultades con el vestuario de los hombres en campaña, aparecen soldados insurrectos con impolutos trajes y límpidos sombreros en pleno combate, que nos llevan a la idea —más que patriota, patriotera— del mambí como un gallardo caballero inmaculado. De igual forma, los soldados españoles en la portada tampoco aparecen mal vestidos.

El gran mérito de esta obra, más allá de la enseñanza que nos deja, es la habilidad con la que se homogeniza la condición humana de los distintos componentes de la guerra y la capacidad para mostrar a los miembros del Ejército Libertador no como grandes héroes, sino como individuos de carne y hueso, con virtudes y defectos; hombres comunes que también pueden experimentar descensos en su moral como resultado de las condiciones adversas de la subsistencia. Sin proponerse historiar hazañas bélicas,

Yolanda Díaz ha conseguido plasmar la proeza de subsistir en la guerra; por eso, mientras redactaba esta reseña, traté de encontrar un calificativo que precisara el sentido de este libro, y, entre otros, terminé aferrándome a uno: *desmitificador*.

No me queda más que exhortar a su lectura, no sólo a aquellos interesados en la historia de Cuba, sino a cualquier lector motivado por la naturaleza humana de las guerras y el comportamiento creador de las personas en entornos irregulares.

ONÉSIMO JULIÁN MOREIRA
Universidad de Quintana Roo